



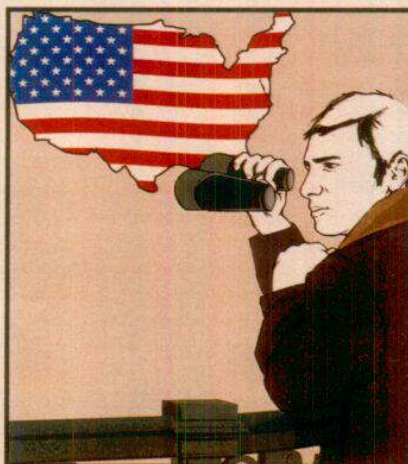
Antiamericanismo

Por **Javier Cercas**

Jean-François Revel es uno de esos escritores indispensables con los que a menudo es más estimulante no estar de acuerdo que estarlo. Heredero de los grandes panfletistas franceses, polemista feroz y apasionado, dueño de un estilo eficazísimo, de una ironía cortante y un sarcasmo sin apelación, Revel vuelve en su último libro a un tema que ya había tratado más de veinte años atrás en *Ni Marx ni Jesús: la obsesión antiamericana*. Así se titula precisamente el libro, en el que se aplica a denunciar, con ejemplos numerosos y desde numerosos puntos de vista, el carácter contradictorio del antiamericanismo visceral, cuya irracionalidad lleva a reprocharle a Estados Unidos, por turno o de forma simultánea, una cosa y su contraria –su aislacionismo y su intervencionismo, digamos–, lo que prueba que tales censuras no surgen de un análisis, sino de una obsesión. Ésta reúne a menudo en una sola protesta –y no sólo en Francia– a la derecha patrioterica y a la izquierda nostálgica y sentimental, y acaba distorsionando la imagen que los medios de comunicación europeos ofrecen de la realidad americana, una imagen que –siempre, según Revel– resulta muy difícil modificar porque no es el resultado de errores que pueden ser rectificadas, sino de una necesidad psicológica profunda de los informadores y de quienes los creen. Para Revel, la caída del Muro y la conversión de Estados Unidos en incontestable primera potencia mundial ha llevado esta obsesión a la apoteosis: buena muestra de ello son esos escritos que, con una lógica delirante y por tanto irrefutable, atribuyen los atentados del 11 de septiembre al FBI, la CIA o la extrema derecha americana –o a una combinación de los tres–, o las declaraciones del teólogo brasileño Leonardo Boff, quien poco después de que tuviera lugar la increíble carnicería de las Torres Gemelas lamentó que aquel mismo día un solo avión se hubiese estrellado contra el Pentágono: hubiera preferido que fueran veinticinco.

¿Tiene entonces razón Revel? No lo sé, pero mucho me temo que, a pesar de sus exageraciones y de sus análisis a veces interesadamente parciales, su diagnóstico no sea equivocado. Es evidente que nuestro grado de desconocimiento de la realidad de Norteamérica es abrumador y que una serie de lugares comunes malintencionados y falsos sustituyen alegremente a esa ignorancia: uno puede y hasta debe criticar la política norteamericana –no sólo porque sea en sí criticable, sino también porque sus errores los pa-

decemos todos–, pero lo que no puede es confundirla con la sociedad norteamericana, que desde luego también es criticable, pero que posee unas virtudes que ya quisiera uno para su propio país, entre ellas la de ser una sociedad mucho más abierta y acogedora que las nuestras, en la que uno deja de sentirse extranjero muy pronto, precisamente porque allí hay muy pocos que no tengan una conciencia reciente de haber sido extranjeros. Lo cierto es que, alimentados por nuestra ignorancia y nuestras aprensiones –o por esa mezcla patológica de complejo de inferioridad y veneración acrítica o bobalicona con que tan a menudo miramos a Estados Unidos–, apenas aparece un asesino del tarot que se cree Dios y se convierte en el diablo diurno de los habitantes de Washington, o cada vez que un chalado entra en



una guardería o un supermercado armado de un Kaláshnikov, arrecian los tópicos (el norteamericano analfabeto, prepotente, engullidor compulsivo de hamburguesas infectas y miembro de la Asociación Nacional del Rifle), así como las protestas contra la barbarie norteamericana, por lo demás muy comprensibles viniendo de un país que, como el nuestro, a lo largo de su larga historia nunca ha incurrido en la menor forma de brutalidad. Claro que lo peor de los tópicos no es que sean falsos, sino que a veces no lo son. La primera vez que, hace ahora quince años, estuve en Estados Unidos tuve que pasar una noche en vela en el aeropuerto de La Guardia, en Nueva York, a la espera del primer avión de la mañana hacia

Chicago, y en algún momento se me acercó una azafata de tierra para aliviarme de aquellas horas sonámbulas de tabaco y café. Conversamos; me preguntó de dónde era. “De España”, contesté. “Qué mono”, dijo ella (“How cute!”). “Eso está cerca de Puerto Rico, ¿no?”. Dos años más tarde, de vuelta en casa, cometí el error de contarle esa anécdota a uno de esos periodistas que están menos interesados en registrar las opiniones del entrevistado que en extorsionarlo hasta que confirme las opiniones del periodista, un periodista aquejado de antiamericanismo visceral, y cuando días más tarde apareció la entrevista leí en ella la historia de la azafata de La Guardia, pero también que la ciudad cercana a Chicago donde yo vivía estaba en la Costa Oeste, lo cual equivale más o menos a decir que Madrid está pegando a Helsinki. Es un hecho: lo peor del antiamericanismo visceral es que es la justificación y el mejor carburante del americanismo visceral. ●